

ALVYDAS ŠLEPIKAS
BAJO LA SOMBRA DE LOS LOBOS

Traducción del lituano de
Margarita Santos Cuesta

TUSQUETS
EDITORES

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Mano vardas Marytė*

© 2011, 2019, Alvydas Šlepikas.

Esta traducción ha sido publicada por Tusquets Editores por acuerdo con Oneworld Publications.

© 2021, Traducción: Margarita Santos Cuesta

© Tusquets Editores, S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Primera edición impresa en España: mayo de 2021

ISBN: 978-84-9066-963-1

Primera edición en formato epub en México: febrero de 2022

ISBN: 978-607-07-8347-0

Primera edición impresa en México: febrero de 2022

ISBN: 978-607-07-8341-8

La traducción de este libro ha recibido una subvención del Instituto Lituano de Cultura.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Ella cuenta:

Todo emerge del pasado como de la bruma. Las personas y los acontecimientos, envueltos en la nieve que trae el viento u ocultos en la niebla que persiste en el silencio. Todo queda lejos, pero no se olvida. Algunos detalles se ven con nitidez; otros han desaparecido, como en una fotografía que va perdiendo su color. El tiempo y el olvido han cubierto todo de nieve y de arena, de sangre y de agua turbia.

Las personas aparecen como si surgieran de la niebla, de una helada, de un invierno brumoso; se vuelven oscuras, arrojan su sombra sobre la tierra empapada de sangre y pisoteada por la guerra y desaparecen. Surgen por un instante, por un breve destello de la memoria, o en forma de varios puntos del relato, desperdigados sin orden cronológico:

ahí está el mensaje en ruso sobre un letrero clavado al otro lado del río Nemunas, el río Niemen: ¡SOLDADO DEL EJÉR-

CITO ROJO! ANTE TI COMIENZA LA GUARIDA DE LA BESTIA
FASCISTA;

*soldados rusos cargados con su botín: relojes de pared,
cortinas, fuentes de plata;*

*el cuerpo sin cabeza de una mujer clavado a un muro;
una multitud muerta de hambre desgarrando en peda-
zos el cadáver de un rocín que jalaba un carro de agua
volcado;*

*una madre entrando con sus hijos sin vacilar en el Ne-
munas, que retumba y cruje por el deshielo; se sumerge en la
corriente sin inmutarse, sin pensar, como si ahogarse fuera
algo fácil y cotidiano;*

*cadáveres que se lleva el río: ennegrecidos e hinchados, sin
nombres, sin apellidos;*

tumbas profanadas;

ruinas de iglesias que saltaron por los aires;

*panfletos repartidos entre los soldados soviéticos en los que
se les anima en ruso: «Mata a todos los alemanes, también
a sus hijos. No existen alemanes inocentes. Apodérate de sus
pertenencias, de sus mujeres. Es tu derecho, tu botín»;*

*mujeres regateando, vendiendo a algunos de sus hijos a
granjeros lituanos por papas, harina, alimentos, para que
sus otros hijos sobrevivan;*

*soldados borrachos que se ríen y disparan por placer a
pájaros y después a personas, también por placer y con la
misma alegría, sin pensar; la guerra los ha quemado igual
que un alto horno quema el barro;*

*mujeres que construyen zanjas y mueren de hambre y can-
sancio;*

niños haciendo estallar proyectiles abandonados por la guerra;

lobos que se han acostumbrado a alimentarse de carne humana;

un perro con una mano ennegrecida entre los dientes;

ojos hambrientos, hambre, hambre, hambre;

cadáveres..., muerte y cadáveres;

recién llegados, colonizadores que destruyen todo lo que sigue en pie: iglesias, castillos, cementerios, sistemas de drenaje, rediles para el ganado;

campos vacíos y desolados en los que hasta el viento se pierde sin encontrar un camino familiar entre ruinas y tierras baldías;

la Prusia de posguerra, pisoteada, violada, abatida a tiros.

Como de la oscuridad, como un juego de sombras y de luz, como una película en blanco y negro, aparecían las esquirlas del pasado:

invierno de 1946.

Un invierno de posguerra frío y terrible, tiempos de desolación.

Un puente colgaba entre el cielo y la tierra sobre el caudal helado del Nemunas. El viento empujaba polvo de nieve a lo largo del río como si este fuera una autopista. En algunos puntos resplandecía el hielo, lechoso como el mármol. Hacía frío, más de veinte grados Celsius bajo cero.

Puntales de metal se cruzaban entre sí formando una confusa red entre cuyo entramado silbaba el viento. El puente aullaba las canciones del vendaval.

Además del viento, también se oía la voz de un soldado que cantaba algo extraño y de tonos orientales.

A través del armazón de metal se distinguían a lo lejos unos puntos oscuros que no dejaban de moverse.

Pegados a la construcción del puente había carteles, letreros y periódicos que proclamaban la victoria y animaban a no mostrar compasión, a matar. También prohibían el acceso sin un permiso de las autoridades militares.

El viento hacía temblar la esquina despegada de un cartel. La nostálgica canción comenzó a sonar con más fuerza.

Sobre el puente vigilaban dos soldados: el que cantaba, de rasgos asiáticos, y un ruso. El ruso intentaba encender un cigarro, pero el viento apagaba los cerillos y lo enfurecía. También le molestaba la canción del soldado de ojos rasgados.

Los puntos negros que se movían al otro lado del río se acercaban: eran niños alemanes que intentaban atravesar el Nemunas helado. Serían unos siete...

El ruso perdió la paciencia:

—¡Cállate de una maldita vez, puto chino!

El asiático sonrió. Calló durante un rato y luego dijo:

—Puto chino, puto chino... Puto chino serás tú.

El viento silbaba y la patria estaba lejos, el cigarro se rompió, el cerillo se quebró entre los dedos encallecidos.

El asiático se echó a reír:

—Eh, Iván...

—No me llamo Iván, soy Yevgueni, me llaman Zhenia.

—Mira, Iván, alemanito correr...

Los niños alemanes corrían como perdices sobre el hielo. Un par de ellos, más pequeños, se estaban quedando atrás.

El soldado ruso gritó:

—¡Alto! ¡Atrás! ¡Alto! ¡Es una orden! ¡Alto, cerdos fascistas!

Sin embargo, el puente era alto y el viento se llevaba las palabras del soldado. Los niños siguieron corriendo. Vieron la figura que agitaba los brazos desde lo alto del puente, pero no entendían las señas.

—Eh, Iván...

—Que no soy Iván, puto chino...

—Ellos cagar en ti, Iván...

—Mira que te mato...

—Tranquilo, idiota...

El ruso agarró una granada, jaló el anillo y arrojó el proyectil al grupo de niños. Los dos soldados se agacharon para protegerse de la posible metralla. De repente, retumbó una poderosa explosión.

La humareda se disipó.

Agarrado al borde del agujero provocado por la granada, un niño pataleaba y trataba de salir del agua. Hacía frío y un vapor helado se elevaba del río. Los otros niños habían dado media vuelta y corrían intentando huir de la muerte.

Cuando la detonación se disipó, en medio del silencio absoluto se oyó un ruido extraño que recordaba al

chillido de un animal moribundo, agudo y constante. Otro chico había quedado gravemente herido. Se retorció de un modo peculiar sobre la espalda y sacudía los pies contra el hielo. Así que el gemido provenía de él. La sangre corría bajo el niño, que no dejaba de contraerse, y teñía una extensión cada vez más grande de nieve y hielo: una mancha de color en un mundo en blanco y negro.

Entre el niño herido y el otro que seguía pataleando en el agujero abierto en el río helado había un chico de unos seis años. Estaba aterrorizado, como petrificado, las piernas no le obedecían y el lamento del herido lo atravesaba de lado a lado. En sus ojos se reflejaba el horror.

Este niño era el pequeño Hans, a quien conoceremos más tarde.

El asiático levantó el rifle, apuntó y disparó. El gemido llegó a su fin; el herido dejó de moverse. Hans despertó de su estupor y echó a correr dando gritos, pero no hacia la orilla, sino a lo largo del río helado. A sus espaldas sonaron dos tiros más, pero Hans no dejó de correr.

Después de fallar estos últimos disparos, el soldado asiático sacudió la cabeza.

El muchacho que colgaba del borde del agujero pataleaba con sus últimas fuerzas.

El soldado ruso escupió y miró al pequeño, que apenas se movía ya.

La cabeza del niño se sumergió. Por unos instantes, una mano siguió agarrada al borde del agujero, pero al fin desapareció también en el caldo de agua y pedazos de hielo.

El soldado ruso encendió por fin el cigarro.

El viento silbaba.

De nuevo se oyó el canto triste y estremecedor del soldado.

Se acercaba la noche. En invierno llegaba tan rápido... Desde hacía varios meses Eva tenía la impresión de que siempre era de noche. E invierno. Un invierno interminable, ventiscas interminables, helada interminable, crepúsculo, frío, viento, hambre interminable. El frío atravesaba sus prendas y se colaba hasta el corazón, hasta los huesos y el cerebro. Otra vez le daba vueltas la cabeza, del hambre; ya hacía tiempo que no comía nada. Si aparecía algo que llevarse a la boca, se esforzaba en darles todo a los niños. El mundo giraba a su alrededor y por un momento la negrura le cubrió los ojos, pero su amiga Martha, que nunca se rendía, la sujetó por el codo.

—Aguanta —le dijo—. Aguanta, Eva. Acuérdate de los niños.

Eva no tiene que acordarse de ellos; son lo único en lo que piensa: Monika, Renate, el mimado de Helmut, tan tierno pero débil, un chico enfermizo, totalmente diferente de Heinz. «¿Dónde estará ahora, mi

Heinz, mi niño? Se fue en tren a Lituania hace ya casi una semana. ¿Vivirá, se encontrará bien, qué comerá, tendrá un lugar donde recostar la cabeza?»

La gente esperaba de pie sin moverse, encogida por el viento y por el frío, arrimándose los unos a los otros como ovejas: siluetas oscuras atrapadas en la creciente oscuridad del anochecer, del día que moría. Eva se apoyó en Martha. La ayudaba sentir a su lado a alguien más fuerte y tenaz. Martha sabía cómo salir de cualquier situación. No había visto llorar a su amiga ni una sola vez. Ni siquiera ahora, cuando todos los días se fundían en un único día de desolación, interminable y negro, en una enorme fosa funeraria. No, Martha no lloraba nunca, ella confiaba en la vida. Ahora también era un apoyo, un refugio para Eva, que todo lo temía y de todo se asustaba. «Ay, Martha, Martha... Menos mal que estás a mi lado, menos mal. No puedo decirte esto, imposible.» Si también desapareciera Martha, el mundo perdería todas sus coordenadas, aunque aquello ya era más una masa informe que un mundo.

Por fin aparecieron los soldados: dos muchachos, de unos dieciocho años, pero de semblante severo, serio. Arrastraban una olla grande llena de restos de comida, en su mayor parte cáscaras de papa, las tan esperadas cáscaras de papa. De repente la gente —ancianos, niños, mujeres, entre ellas Eva y Martha— pareció salir de su sopor. Todos se acercaron con los ojos brillantes, todos estaban hambrientos, cansados

de esperar, helados, con la piel ennegrecida por el frío, envueltos en harapos; todos avanzaron, aun a sabiendas de que había que esperar la orden, había que esperar el permiso. Los soldados gritaron algo en ruso, pero Eva no hablaba esa lengua, solo «gracias» y «adiós», aunque ahora también sabía decir «pan» y «papas». Sin embargo, los soldados no decían «pan» ni «gracias»; gritaban:

—¿Adónde van, engendros, adónde van? ¡Atrás, fascistas, o verán lo que es bueno! ¡No se atropellen! ¡No se atropellen!

En realidad, no se estaban atropellando, solo se echaban hacia delante de manera involuntaria, todos listos para agarrar su parte, y esa parte dependía de cuánto fueran capaces de alcanzar. Eva se acercó junto con los demás a los soldados, a la olla llena de sobras y cáscaras de papa. Por un instante le pareció que su entorno se distorsionaba, las manos y las caras de la gente perdieron su contorno, todo se tensó para luego contraerse, todo avanzó de repente en cámara lenta. Los soldados volcaron la olla en el suelo, allí mismo, en el patio trasero del comedor militar. Lo que antes era una taberna se había convertido en comedor militar. Hoy arrojaban muchas sobras, no siempre se tenía tanta suerte, y menos al anochecer.

El soldado se burló en alemán:

—¡Aquí tienen, sírvanse, señores fascistas!

En alemán solo dijo «aquí tienen», todo lo demás lo dijo en ruso, pero podía decir lo que quisiera, por-

que a aquellas personas ateridas y muertas de hambre ya les daba igual. Se precipitaron sobre las cáscaras y las sobras, las agarraban a puñados y las metían en pequeños sacos de lienzo y en canastas que llevaban consigo. Una anciana comenzó a gemir:

—¡Eso es mío, mío! ¡Yo también quiero vivir!

Se cayó, alguien tropezó con ella y le pisó la mano. Ella lanzó un grito. Eva se estremeció y quedó paralizada por un instante, quizás medio segundo, porque de repente se vio a sí misma como un gusano que se retorció entre las sobras. Sin embargo, la voz de Martha enseguida ahuyentó esa imagen:

—Acuérdate de los niños.

O tal vez no fue Martha sino ella misma, Eva. Tal vez fue su propia voz quien le dijo: «Acuérdate de los niños», su voz interior de madre. Como un animal depredador se aferraba, arrancaba, jalaba y arrojaba en su bolsa las cáscaras heladas de papa. Probablemente también lloraba. ¿O serían quizás unas pocas lágrimas insípidas provocadas por el frío y el viento?

—Mira qué asquerosas, han perdido cualquier resto de humanidad —dijo el soldado en ruso al tiempo que golpeaba una boquilla de mujer contra una esquina del edificio para vaciarla de restos de tabaco.

Soplaba la ventisca.